

queremos hablar de música porque no ha salido quien nos hiciese callar. Cuatro lecciones de solfeo, algún barrunto del arte de componer, una lectura ó audición más ó menos selecta y, alguna que otra vez, ciertos asomos de buen gusto natural, es lo que basta para meterse á crítico y creerse con derecho á manosear la delicada labor del artista sincero.

La ópera nacional se verá privada de un sano elemento de discusión. La influencia saludable que la crítica ejerce en la mayor parte del público, se convertirá en halago servil del mal gusto dominante. Y el pueblo, que animado por el criticismo inteligente, dejaría con suma facilidad esas corrientes de hoy, tan ajenas á la música genuinamente española, despreñará los sanos intentos del artista y le exigirá mucho jaleo, ó un sentimentalismo ridículo, ó un colorismo extravagante, ó bien esa finura cursi que levanta tempestades de aplausos cuando aparece en los conciertos del Real.

Pero esta ausencia de público y de crítica se refiere únicamente al medio que ha de recibir la obra. Á mí entender falta algo más importante: carecemos de los elementos primordiales que son necesarios para la obra misma. No bastan un teatro, una buena orquesta, un buen director, una excelente compañía y una pléyade numerosa de compositores. Todas estas cosas sirven para hacer *ópera en español*, pero no bastan para crear la *ópera española*.

Cuando Bretón estrenó *Los Amantes de Teruel* un empresario austriaco quiso llevar la ópera á su país y allí no gustó nada. La crítica se llamó á engaño porque esperaba un arte que recordase á Velázquez, á Quevedo y al *Quijote* y se encontró con una *Rossina* desesperada y un *Trovatore* disfrazado de aragonés de la Edad Media.

Oí decir un día al maestro Pedrell que Wagner pudo aprovechar para su obra los ricos tesoros de la tradición musical de los pueblos germánicos, porque anteriormente hubo generaciones de sabios que los recogieron. Para encontrar un medio preparado para la obra de una música nacional, no es necesario, á mí entender, salir con el ejemplo de Alemania.

La obra social de Clavé, en Cataluña, fué la introducción del canto popular en todas las ciudades, villas y aldeas. Millares de hombres estudiosos, por toda la región, rindieron culto al arte musical y promovieron verdaderas cruzadas á España y al extranjero. Pero ha venido otra generación y, no contenta con los cantos nacionales del músico poeta, ha perseguido la tradición en las montañas, ha publicado varias ediciones extraordinariamente vendidas de las canciones populares y las ha impuesto en todos los conciertos. Ahora los orfeones se dedican á exhumar las obras de los clásicos del Renacimiento, y las misas de Victoria y las composiciones de Brudieu, Morales, Couzes y de otros no menos notables maestros españoles y catalanes, son conocidas y saboreadas por el público.

El Sr. Pedrell ha intentado en vano promover en Madrid una corriente semejante. La *Capilla Isidoriana*, cuya fundación se debió á inspiraciones suyas, no ha podido imponerse. Sus conferencias sobre el *Teatro lírico español* interesaron únicamente á tres ó cuatro docenas de ateneístas. Y cuando, después de largas investigaciones y trabajos, ha podido realizar una de las grandes ilusiones de su vida, la de editar las obras completas de Victoria, ha recibido por todo galardón un desprecio inaudito; el Ministerio de Instrucción pública, que todos los años compra millares de obras imbéciles para fomentar las Bibliotecas populares, se ha negado á suscribirse por un sólo ejemplar á la edición del monumento que un alma de artista y de patriota ha levantado á la memoria del maestro abulense.

No se vaya al Conservatorio Nacional de Música á buscar nada que

haga referencia al arte español. Allí no hay de nacional más que el dinere con que se paga á los profesores. He asistido á varias fiestas de las que so celebran en aquella casa, y no he oído otra cosa que italianismos vergonzosamente disfrazados y composiciones de los alumnos que denunciaban á lo lejos el fastidioso libro de texto. Además, todavía el Gobierno español emplea su dinero en mandar los alumnos aventajados á que se embrutezcan en el ambiente mefítico de Roma.

¿Qué se ha hecho para descubrirnos nuestra tradición musical? Para encontrar tres ó cuatro intentos fracasados por falta de público deberíamos repetir de nuevo un nombre ilustre antes citado. También el maestro Barbieri hizo algo en este sentido y consultó los ricos tesoros que yacen abandonados en el Archivo municipal de Madrid. Un gran número de cabildos catedrales se niegan á permitir que el público conozca las obras de los grandes clásicos españoles que guardan almacenadas en las sacristías.

Todavía ha habido mayor incuria, si cabe, en el estudio de las canciones populares. Así quedan todavía personas ilustradas que tienen por únicos productos de la musa popular las jotas, seguidillas, malagueñas y sevillanas, que si alguna cosa significasen, sería la impotencia musical de las regiones que las cantan. Pero en León, en Asturias y Galicia, en Burgos y en los montes de Toledo, en la vega de Murcia y en algunas comarcas de Andalucía, el pueblo sano que vive en los caseríos, aldeas, granjas, cortijos, alquerías y cigarrales, guarda preciadas reliquias de antiguos cantos de la tierra.

Es preciso recoger y ordenar esas preseas. Existe una sociedad de excursionistas que no hace nada de provecho porque no sale de reproducir en conferencias lo que ya hemos leído en los libros y lo que tenemos fotográficamente en nuestros álbums. Aplíquense sus socios á buscar en todas las manifestaciones ingenuas el alma del pueblo. Publíquense todos estos cantos olvidados y reemplacen en los conciertos á las *Resurrecciones de Cristo* y á las gallegadas y *pot pourris* escritos por maestros de cuarta fila. Impónganse á los pocos orfeones del país estas canciones y las obras de los clásicos del siglo xvi. Aplíquense los críticos á desentrañar el sentido psicológico de este arte ignorado y sepamos los caracteres de forma y de fondo que distinguen á la música genuinamente española. Penetremos la historia de esos viejos cantos que nos enseñaron los griegos y romanos y que más tarde convirtió, acaso, el cristianismo en cantos litúrgicos.

¿Se comprende ahora por qué decimos que se hará ópera en español y no música genuinamente española? Carecemos de la preparación necesaria para esa empresa artísticamente considerada. Y conste que todavía dejamos otras consideraciones, tales como la necesaria compenetración del libro con la música. Ignoramos si el arte musical de este país es más propio para los cantos religiosos, para el drama contemporáneo, para la leyenda medioeval ó para el cuadro naturalista y picaresco. Wagner nos ha dado una receta; pero esta receta es alemana. ¿Hay alguien que conozca la receta española?

Adelante, sin embargo. Todas estas consideraciones han de precavernos contra los críticos ignorantes que podrían aclamar como creación definitiva una tentativa honrada, pero no han de impedirnos aplaudir lo que se haga de buena fe en ese intento de reconstrucción artística.

Pedro Corominas.

## LAS CASAS DE DIOS

Todas las mañanas, en todas las iglesias de estos países católicos, una multitud de padres repite, desde tiempos remotos, ciertas palabras en una lengua muerta, entrecortadas por gestos simbólicos de cruz.

Ante esos hombres muertos que odian la Vida, castrados que desprecian el Amor, nuestras madres y nuestras prometidas se postran, lastimando sus rodillas, en una piedad estéril, por el martirio de un Cristo que ellos monopolizaran. Clavado en la cruz y en contorsión grotesca de escultura de músculos falsos, el Judío revolucionario asiste á las oraciones de un público que se arrodilla á tiempo—como los figurantes en el teatro—y que tiene arranques de contrición regulados mecánicamente por los toques de una campanilla.

Y todo esto—desde la gerigonza del padre leída en el misal, hasta las curvas de las bóvedas previstas por las reglas de la arquitectura—tiene el aire de una cosa sin espontaneidad... sin sentimiento, como un código de etiqueta introducido en nuestras relaciones con el Creador.

Ahora, en nuestro tiempo, la Vida se ensancha. La aspiración, mayor que en las épocas pasadas, reclama más que esa esperanza (imposible para algunos, dudosa para todos) de una compensación posterior á la muerte; además, las rodillas de nuestras prometidas no se hicieron para magullarse en el enlosado de las iglesias, ni sus sacras caderas para abarquillarse con arrugas de esterilidad, contraviniendo á su destino.

Esos edificios que en la ciudad son frecuentados por hábito ó por esa razón que lleva á los ociosos á los lugares donde abunda la concurrencia, aumentando el número de ésta y sirviendo de atracción á otros, pudieran tener un fin útil con una mutación de repertorio. Basta ver la multitud que á ellos acude en día de fiesta menos vulgar. En los campos se cerrarían por falta de concurrencia en cuanto se convencieran los labradores de que los fosfatos son un abono mucho mejor que las bendiciones.

Y de esas iglesias que por la noche cierran sus gruesas puertas de encima trabajada, se harían ventilados dormitorios para los infelices que no tienen donde dormir.

Tal vez así perdiesen su aspecto de cosa tan fuera de la Vida, tan convencional, tan falsa, que hasta el sol para entrar en ellas tiene, al atravesar por las vidrieras, que enmascararse de arlequín.

*Silvio Rebello.*

(Traducción de Viriato Díaz Pérez.)

**Nota de la Redacción.**—ELECTRA inaugura con esta carta de Rebello sus correspondencias portuguesas. Nos prometemos hacer lo posible porque siga remordiéndonos la amarga frase del eminente profesor de Coimbra Bernardino Machado: «En otro tiempo, españoles y portugueses descubrimos juntos la América; hoy nos estamos descubriendo los unos á los otros.»

## LA POLITICA

¡Romero Robledo! Este político viejo constituye hoy, como ayer y, probablemente, como mañana, la nota más de actualidad. Llena él solo, y alegre, y alborota la España política, como un cascabel en una casa silenciosa y, al parecer, vacía.

Es ameno, como la variedad; sorprendente, como un país desconocido; simpático, como todo lo que nos alegra; gracioso, como el coqueteo de una niña y el atolondramiento de un adolescente calavera. Singular hombre éste, que logra ir siempre á la última moda, vistiendo los retazos, antiguallas y más desastradas prendas de nuestro pintoresco *rastró* político. En frascos de sorprendente novedad exhibe las pócimas más antiguas é inofensivas de la farmacopea política.

Es como esos dramaturgos hábiles, duchos en el arte de *mover los monigotes*, que logran siempre sorprender la atención del público, dejarle con la boca abierta, y hasta moverle al aplauso, con recursos gastados, efectos inocentes, tramas inverosímiles y desenlaces previstos. Apela todavía, con buen éxito, al vulgar resorte de esos *brujos de los salones*, que después de extraer de un sombrero pájaros, cintas, estopa, dinero, flores y dulces, sacan banderitas, en las cuales se combinan los colores de la nacional y el lema: ¡Viva España!

Así este *brujo de la política* ha sacado sucesivamente de las urnas toda la fauna de las Cortes del primer período de la regencia; de lo peor de cada casa, empleados para las que fueron colonias de España; del *ros* de López Domínguez, el reformismo; de la teresiana de Weyler, la matograda concentración liberal; de las flores de cierta Huerta, por pocosi saca un gobierno de con-

centración ó un ministerio parlamentario, y de un gorro frigio averiado extrajo la otra noche tres mil cruzados y las consabidas banderitas con los consabidos colores nacionales y los tres lemas no menos consabidos: patria, libertad, democracia. ¡Diablo de hombre!

Ha sido el héroe de la crisis, es el primero que ha levantado pendón de guerra contra el actual Gobierno, y desde la zambra de la noche dei lunes en la Alhambra—¿dónde había de ser?—, se ha colocado en situación singularísima. No es un jefe de partido; viene á ser algo semejante á los marqueses y adelantados de la Reconquista; como ellos va á luchar en la marca, en la frontera movediza, demarcada por las correrías y triunfos parciales de moros ó cristianos, y como ellos también defenderá, unas veces á su rey y otras se aliara con los infieles, poniendo su espada al servicio de un jefe de taifa, enemigo del sultán ó de los sultanes, sus señores.

Romero no se hizo republicano, no se deshizo de su monarquismo; se colocó en las lindes de ambos campos. Merodeará con sus tres mil de á caballo en la frontera que separa la monarquía de la República, entrando á saco, á su placer, en uno ú otro campo. Viene á ser, pues, en la corte de Alfonso XIII, lo que fué Rui Díaz de Vivar en la de Alfonso VI. ¡Con razón quería Costa cerrar con siete llaves y algunos candados el sepulcro del Cid! Vedle ahí resucitado, y con Babieca y todo.

No diré que este nuevo Cid tenga precisamente 3.000 *babiecas*, y no lo diré porque entre esos republicanos-romeristas hay personas estimables y por mí muy estimadas, y un periodista insigne, al que tengo

en mucho. (Ya comprenderá el señor Prieto, ex director de *El Ideal*, que no lo digo por él.) Pero si no 3.000, más de un millar sí serán los *babiecas* metidos en tan malos trotes. Con monárquicos de la extrema izquierda y con republicanos progresistas, con parias dinásticos y antidinásticos, ¿qué va hacer Romero Robledo? Ignora este señor que su fuerza está en él, en su soledad y su aislamiento; no en llevar en torno suyo mucha tropa, no en ir, como suele, mal acompañado. Su actividad portentosa, su ardiente vocación política, su extraordinario don de asimilación, y el más extraordinario aún de la oportunidad; unido todo á sus relevantes condiciones de orador parlamentario, hacen de él un agitador terrible para los gobiernos, conveniente para el país. Sólo ha hecho notabilísima labor en las Cortes, ya defendiendo á Rojas, ya combatiendo los presupuestos de Villaverde y la proposición de Weyler sobre el ascenso de los coroneles. Solo vale por un partido político. De esa híbrida unión de republicanos y monárquicos, de ese nefando contubernio, que diría un orador del mitin de la Alhambra, no puede salir más que la anulación de Romero, del Romero Robledo agitador, tribuno de la plebe.

Cree Romero — y aquí está su mayor peligro — que le sigue una gran masa de opinión. Y no es así. Tiene amigos, no correligionarios. Reúne público con facilidad; no formará nunca partido.

Las invocaciones á la libertad, la democracia y la patria son rípidos oratorios, no privilegios, ni soluciones, ni ideas siquiera. Feliz en la crítica del Gobierno, demostró que carece de programa y de pensamiento, y auguró que, cual todos, escamotearía la representación nacional. Pero el Sr. Romero no hizo más afirmaciones positivas que la de exigir cien millones de rebaja en el presupuesto de gastos, con lo cual anuló la ya menguada

figura de Paraíso, «el infatigable propagandista». Aun esa afirmación es discutible, pues el toque está en decir cómo se ha de economizar, no en determinar al buen tuntun la cuantía de las economías. Sobre el llamado problema religioso nada dijo en concreto, imitando á Sagasta y á casi todos nuestros hombres públicos.

En claro únicamente se saca que romeristas y algunos zorrillistas de los que más batallaron por el retraimiento electoral van á ir juntos á las próximas elecciones. ¡Vivir para ver! ¿Quién diría, cuando Cánovas fusiló á Ferrandis y Vallés, que los correligionarios, amigos y compañeros de las víctimas iban á proclamar jefe á quien fué ministro de su verdugo? Más extraño fué ver unidos el 68 á los que el 66 se combatieron con saña feroz y crueldad no repetida más que con los anarquistas.

No nos sorprende, pues, que en la Alhambra se recordara á los militares sublevados contra Cánovas y Alfonso XII, á quienes levanta estatuas Romero Robledo; lo que nos maravilla y preocupa es si el ripio y cascote procedente del último derribo progresista lo va á emplear el escultor mayor del reino en cimentar la estatua del difunto monarca, que erigirá en la plaza de Isabel II en el mismo sitio sobre el cual se levanta hoy la estatua de la Comedia, ó utilizará aquellos materiales para terraplenar el terreno sobre el que haya de fundarse la República.

Mientras de esa duda se nos saca, los republicanos harán bien en meditar sobre las causas de esos desprendimientos. Tendrá éste poca importancia por tratarse de extradicales, de exprogresistas, de gente que ya fué monárquica; no tendrá, si quieren, significación; será hasta ridículo; pero acusa tal indisciplina, tal descontento, tal falta de interior satisfacción, que mejor harán en meditar que en aparentar desdén y simular desprecio.

Las masas republicanas, muy mermadas ya, se desbandan. Vanse los más racionales al socialismo; los más revolucionarios, con los anarquistas; á su casa los más desengañados; á la monarquía los más prácticos, y con Romero Robledo los más excéntricos. Con el moro Muza se irían otros tantos, si el famoso morazo reviviera para meterse en aventuras revolucionarias.

¿No méditan sobre esto los jefes, los primates, los que por su renombre, su talento ó su historia dirigen? Peor para ellos.

Un solitario del republicanismo, Nakens, brinda á esos hombres

desde su *Motín* consejos que pueden ser beneficiosos, que seguramente son sabios y prudentes.

Refiérense á la manera de luchar en las próximas elecciones. Si los siguen, podrán animar á las decaídas huestes; de no escucharlos continuará la desbandada.

Las masas huyen de la quietud, hermana de la muerte; buscan el movimiento, el ruido y la luz, y allá van donde ven algo que brilla, se mueve y suena, así sea el cencerro, el reflector de hojalata y el candil, artes groseras que para imitar lo inimitable, el amanecer, usan ciertos cazadores de pájaros.

*Roberto Castrovido.*

## Mística.

En el viejo jardín de la abadía se alza de un santo monje la escultura que turba con su fúnebre blancura de los cielos la azul monotonía.

Inmóvil á las Horas desafía, con las miradas fijas en la altura, y proyecta en la trémula espesura la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros, ni suena un plegaria en el jardín... Tan sólo cuando vierte el Sol la sangre de su luz postrera se enrojece la estatua solitaria, como si bajo el mármol de la Muerte el rosal de la Vida floreciera.

*Francisco Villaespesa.*

## LIBROS RECIBIDOS

*Las Ingenuas*, novela en dos volúmenes, por Felipe Trigo. Lo que á primera vista se aprecia, además de la baratura, son las dimensiones: longitud, latitud y profundidad. Setecientas y pico páginas de á treinta y cuatro líneas, cuatro pesetas. Según nos dice el autor en el prólogo, la novela se ocupa sinceramente de las señoritas de nuestra clase media.

*Amores*, cuentos por Ramón Sánchez Díaz. Vigor, frescura y juventud.

*Harpas en el silencio*, poesías de Eugenio Díaz Romero, Buenos Aires.

*Ninfas*, lirios, almas, besos y crisantemas.

## Henry Bataille.

Este joven y delicadísimo poeta nació en Nimes en 1872.

No ha publicado más que un libro, *La cámara blanca*, y, sin embargo, su nombre es de los más queridos entre los nuevos literatos franceses.

M. Marcelo Schwob, el crítico-poeta, dice de él en el prefacio del citado volumen: «He aquí un librito todo blanco, tembloroso, balbuciente, con el olor apagado de las tranquilas salas, donde recordamos haber jugado, niños, en las largas tardes estivales; lleno de muchachitas iluminadas como en los libros de estampas, y con nombres semejantes á sollozos pueriles; de casitas que son las viejas casitas de aldea donde arden de noche lámparas amables; de habitaciones que son celdas de recuerdos, por donde vagan las muñecas lentas, sonrientes, ajadas. Oyese aquí el golpear de la lluvia, y á través de los cristales de las ventanas se ven huir los patos grises, y en la mañana, al grito del gallo, viene á encantarlos el aliento de las rosas... ¡Libro mimoso! Sus palabras son murmullos ó balbuceos, sus frases parecen esmaltadas por viejas manos de nodrizas, sus poesías dijéranse tendidas en frescos lechos bordados, y cual niños, soñando con princesas y confites, con trenzas rubias y tartinas de miel.»

Bataille ha estrenado, en colaboración con Robert d' Humieres, un drama lírico en tres actos, *La belle au bois dormant*; colabora con frecuencia en el *Jornal des Artistes*, *Mercurio de Francia*, *La revue bladche* y la *Vogue*, y tiene en preparación un nuevo tomo de poesías, titulado *El Jardín*.

De él se han ocupado largamente Lemaitre, Remy de Gourmont, Leconte, Oudín y otros.

Su retrato figura en el Libro II de las Máscaras, de R. de Gourmont.

De *La Chambre Blanche*, completamente desconocida en España, traducimos la siguiente poesía:

### Por los vidrios grises.

He visto la caída de esta noche de Otoño  
á través de los grises vidrios de mi ventana...

Alguien cruza á lo largo de los fosos cubiertos  
de lluvia... ¡Oh, viajero, apresúrate y anda,  
viajero del Otoño que te vas á la hora  
en que el pastor descende de las altas montañas!  
Está apagado el fuego del hogar donde vuelves,  
y cerradas las puertas del país á que marchas...  
En medio de la oscura carretera el ruido  
de las carretas viene de tan lejos, que espanta...  
Su farol apagaron las viejas carriolas...

Es el Otoño: *Ella*, en su silla de paja  
duerme en el fondo frío de la cocina... Otoño  
en los muertos sarmientos de los viñedos canta.

Es la hora en que los blancos ahogados, sorprendidos  
por los glaciales fríos de la primera helada,  
descienden pensativos, en medio de dos ondas,  
á abrigarse en el limo de las profundas aguas.

Por la traducción,

*Géminis.*

Nota de la semana.

## BAJO EL SOL

No veo en torno mío nada malo ni criticable; el día está bueno; la Naturaleza revive; eterna y sublime controvertora de Códigos y leyes, sacude la nostalgia del invierno y se corona de jacintos para el amor sin duelo, para recibir en la boca un torrente de besos primaverales.

En breve, tras de una hojilla del calendario, aparecerá la primavera buena, apretando sobre su seno un haz de rosales bravíos y de claveles tempraneros. Vendrá la virgen de los campos con su manto de gloria, cuajada la suelta cabellera por el vivo chispeo de los astros, á brindar amores y esperanzas al duelo de los hombres.

No será culpa suya que bajo el sol rejuvenecido y sonriente, que bajo el cielo soberano de calma y de pureza, la carne inteligente siga llorando y maldiciendo.

Dijérasenos desterrados del amor y de la vida; bajo la luz, sobre las flores, ante la tierra palpitante y hambrienta de creación, asoma á nuestros labios la plañidera elegía del esclavo que odia y que llora en su *valle de lágrimas*. Pero un Abril que apunta nos avergüenza y nos desmiente.

Hay una cruel disparidad entre las trágicas conmemoraciones que celebra la Iglesia en este tiempo y la explosión de carcajadas y de besos que nos aturde y nos invita...

La estación que nace nos niega el derecho á la amargura; revolucionaria y audaz, borra de nuestro espíritu la imagen del Cristo pálido y agonizante. Es otra la imagen que nos impone; en el ambiente tibio, cargado de poder y de arrullos, sentimos pasar al Cristo Amor del lago de Genazaret, embriagado por el aroma de los lirios y envuelta la frente en la voluptuosa melancolía de la tarde.

Crear, amar, enaltecer la vida, ¡ah, si en eso se hubieran detenido las religiones todas de la tierra, los misticismos todos del espíritu! Imaginaos la historia humana sin tragedias, la carne consciente sin dolor, desconocido el fenómeno del llanto y un mundo nuevo, un mundo como un nido, porque en el nido no se llora.

La primavera llega; ¿á qué mentar acontecimientos nimios de la semana? La nueva estación, tan soberbia como desdeñosa, los despreciaría.

Es infinitamente más sublime su piedad que nuestra historia y nuestros hechos.

Pasará sin tocarla, sin detener su paso, el negro torrente de lágrimas y odios.

Su misión es otra, viene á cumplirla y la cumplirá á pesar nuestro. En la buhardillita humilde, en el autro de la mina, sobre los surcos de la tierra, en cualquier parte donde haya dos sexos que se amen, dos anhelos que se busquen, la primavera santa hará brotar la flor ruborosa de un beso creador.

Adolfo Luna.